angel del Testamento que el mundo esperaba, como Dominador que llega á su trono, como el fuego de un nuevo y purísimo holocausto.[1] David le contempla como un gigante que sale de las lejanías del cielo para vivificar con su aliento todo cuanto existe.[2] Job confiesa ante la faz de la tierra que vive su Redentor; que le espera; que le adivina en su propia carne.[3] Isaías conjura á las nubes para que lluevan al Justo;

(1) Ecce ego mittam angelum meum et preparabit viam aute faciem mam. Et statin veniet ad templum suum Dominator quem vos quæritis, et angelus testamenti quem vos vultis. Ecce venit dixit Dominus excrictum. ¿Et quis poterit cogitare diem adventus ejus; et quis stabit ad videndum eum? Ipse enim quasi ignis conflans, et quasi herba fullonum. Et sedebit conflans et emundans argentum, et purgabit filios Levi et colabit eos quasi aurum, et quasi argentum, et erunt Domino afferentes sacrificia in justitia. Et placebit Domino sacrificium Juda..... (Malaq. III).

(2) A summo cœlo egressio ejus: Et occursus ejus usque ad summum ejus: nec est qui se abscondat á calore ejus. (Ps. XVIII.)

(3) Scio quod Redemptor meus vivit..... et in carne mea videbo Deum meum. (Job. XIX.)

y pide á la tierra que engendre á su Salvador, porque ansía ver la señal del gran misterio cuando conciba una Virgen y dé á luz un Hijo que será llamado Emmanuel.[1] «Aún falta un poco, dice Dios por boca de su profeta Ageo, y Yo conmoveré el cielo y la tierra y la mar y todo el universo. Y moveré todas las gentes y vendrá el Deseado de los pueblos».[2] «¿Quién subió al cielo, pregunta Baruch, para ir á recibir la Sabiduría y hacerla descender de lo alto de las nubes? El que todo lo sabe, el que lo conoce todo... Este es nuestro Dios que encontró el camino de la verdad y la entregó sobre el monte Horeb á Jacob su servidor y á Israel su

(1) Rorate cœli desuper et nubes pluant justum, aperiatur terra et germinet salvatorem et justitia orietur simul (XLV) Dominus ipse dabit vobis signum: ecce virgo concipiet et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel. (VII).

(2) Adhuc unum modicum est, et ego commovebo cœlum et terram, et mare et aridam. Et movebo omnes gentes, et veniet desideratus cunctis gentibus, et implebo domum istam gloria.. magna erit gloria domus istius novissimæ plus quan primæ... et in loco isto dabo pacem, dicit Dominus exercituum. (II.)

muy amado. Después de esto, fué visto en la tierra y conversó con los hombres». [1] «Mi pueblo, dice, por Isaías sabrá mi nombre en aquel día porque entonces diré: Yo, el mismo que hablaba, vedme aquí presente.»[2]

Hasta el lugar y el tiempo estaban determinados por oráculos divinos. Pequeña eres, ¡oh Belén, Éfrata! dijo el Profeta Miqueas, pequeña eres entre los millares de Judá, y sin embargo, de tí saldrá el que ha de ser Dominador en Israel, Aquel cuyos días son la eternidad. [3]

---

(1) ¿Quis ascendit in cœlum et accepit eam et eduxit eam de nubibus? Quis transfretavit mare et invenit illam et attulit illam super aurum electum? Non est qui possit scire vias ejus, Sed qui scit universa novit eam et adinvenit eam prudentia sua... Hic est Deus noster.. Ilic adinvenit omnem viam disciplinæ, et tradidit illam Jacob pucro suo, et Israel dilecto suo. Post hæc in terris visus est, et cum hominibus conversatus est. (III.)

(2) Propter hoc sciet populus meus nomen meum in die illa: quia ego ipse qui lognebar, ecce adsum. (LII)

(3) Et tu Bethleem Ephrata, parvulus es in millibus Juda; ex te mihi egredietur qui sit Dominator in Israel et egressus ejus ab initio, á diebus æternitatis. (V.)

Daniel llegó á contar los años, las semanas y los días, señalando con precisión maravillosa el momento en que había de aparecer en la tierra el Santo de los Santos, que venía á poner fin al pecado, para establecer el reinado de la justicia sempiterna. [1]

---

(1) Animadverte sermonem et intellige visionem. Septuaginta hebdomades abbreviatæ sunt super populum tuum et super urbem sanctam tuam. ut consummetur prævaricatio et finem accipiat peccatum et deleatur iniquitas et adducatur justitia sempiterna et impleatur visio et prophetia et ungutur Sanctus sanctorum. Scito ergo et animadverte: Ab exitu sermonis ut iterum ædificetur Jerusalem, usque ad Christum ducem, hebdomades septem et hebdomades sexaginta duæ erunt, et rursum ædificabitur platea et muri in angustia temporum. Et post hebdomadas sexaginta duas, occidetur Christus, et non erit ejus populus qui eum negaturus est. Et civitatem et sanctuarium dissipabit populus cum duce venturo, et finis ejus vastitas, et post finem belli, statuta desolatio. Confirmabit autem pactum multis hebdomada una, et in dimidio hebdomadis deficiet hostia et sacrificium: ot erit in templo abominatio desolationis, et usque ad consummationem et finem perseverabit desolatio. (IX, 23.)

Esta parte puede ampliarse cuanto se quiera aduciendo más profecías Véase la nota A.

Y cuando llegó la hora anunciada por Daniel, la tierra, ilustres académicos, oyó la voz de un embajador del cielo proclamando solemnemente la realización de todas las profecías.

Dominus tecum. El Señor está contigo, dice Gabriel á una Virgen, que, muda de asombro, dá, en su imaginación, á la frase del Ángel, la extensión, la inmensidad que, en su laconismo, encierra. El Señor es contigo: Aquel que no cabe en los espacios está ¡oh Niña! encerrado ya en tu seno... Aquel cuya vestidura es la luz [1], cuya espada es el rayo [2], cuya voz es el trueno [3]... Aquel que habla á los mares y encrespa sus olas, manda al huracán, y el huracán responde como eco de su voz [4]. El que cambia, cuando le place, la tempestad en apacible brisa, y las montañas de espuma hirviente en flotante velo de finísimo

(1) Amictus lumine sicut vestimento. (Ps. CIII).

(2) Si acuero ut fulgur gladium meum. (Deut. XXXII).

(3) A voce tonitrui tui (Ps. CIII).

(4) Dixit et stetit spiritus procelœ et exaltati sunt fluctus ejus (Ps, CVI).

encaje [1]. El que llama á la luz y obedece la luz, la envía á los mundos y se precipita en el espacio como catarata de oro... [2] El que llama por su nombre á las estrellas y contestan las estrellas: aquí estamos [3]. El que toca los montes y los convierte en piras humeantes; mira á la tierra y la extremece de espanto [4]. El que pasea su majestad por las alturas, sobre carroza de nubes, arrastrada por los vientos [5]. El Omnipotente, el Increado, el Invisible, el Dios de la eternidad ha entrado en el tiempo, ha bajado á la tierra, ha penetrado en la humanidad, y ha

(1) Et statuit procellam ejus in auram: et siluerunt fluctus ejus. (Ib.).

(2) Qui emittit lumen, et vadit; et vocabit illud, et obedit illi in tremore. Stellæ autem dederunt lumen in custudiis suis, et lætatæ sunt. (Bar. III)

(3) Vocatæ sunt et dixerunt: ad sumus. (Ib.)

(4) Qui respicit terram et facit eam tremore; qui trangit montes et fumigant. (Ps. CIII.)

(5) Qui ponis nubem accensum tuum: qui ambulas super pennas ventorum. (Ib.)

escogido por morada, tu seno castísimo. *Dominus tecum...*

¿Pero cómo es posible, pregunta San Bernardo, que llegue al seno de esta virgen, antes el que envía, que el enviado? ¿Cómo pudo encontrar el ángel, ya en la tierra, al Dios que desde el cielo le enviaba? Por ventura fué Dios más veloz que el mensajero celeste, adelantándose á su propia y misteriosa embajada? ¡Oh, no os extrañe! Porque estando el Rey en el trono de su gloria, un oloroso nardo, la Virgen de Nazareth, despidió embriagadora fragancia, y el humo de aquel aroma exquisito subió á las alturas y allí enamoró el corazón del Rey, conquistando su gracia y arrancando de todos los labios este grito de asombro: ¿Quién es ésta que sube del desierto como vara de humo aromático de mirra y de incienso? A cuyas expresiones de júbilo saliendo al punto el Rey del lugar santo, se levantó como gigante para recorrer el camino; y, aunque viniendo de tan lejos, salvó no obstante, en brevísimo tiempo, las distancias inmen-

sas del espacio, cabalgando en alas de sus ardientes deseos, para venir á la Virgen que había elegido para Sí; porque se enamoró de su hermosura.

Dios, según el mismo Santo doctor, está en todas las criaturas por la eficacia de su auxilio: en las criaturas racionales iluminándolas con la luz de su Verbo; en las buenas por el amor, por la adhesión de su voluntad, adhesión que les acerca y une á Dios. Pero no es así solamente como Dios está en María. Dios no está en María como está en los Santos. En María la adhesión es tan grande, que no afecta sólo á la voluntad, sino también á la carne; de tal modo, que de su virginal substancia puede decirse que brotó un Cristo, ó más bien se hizo un Cristo: el que no siendo todo de la Virgen, ni todo de Dios, es sin embargo todo de Dios y todo de la Virgen: ni son dos hijos, sino uno solo, Hijo de la Virgen é Hijo de Dios [1].

---

(1) Nota B.

San Jerónimo, San Agustín, San Pedro Alejandrino, San Pedro Damiano, Santo Tomás y la mayoría de los expositores, entienden que no estaba todavía consumada la Encarnación del Verbo, cuando el Ángel le dijo á María *Dominus tecum;* pero que esta afirmación solemne se refería al gran misterio que iba al instante á consumarse en el castísimo seno de María. [1]

«El Señor es contigo, dice San Pedro Alejandrino, porque ya el Verbo de Dios habita en tí». «El Señor es contigo..... ¿Y no entiendes, le dice San Pedro Damiano á la Virgen, no entiendes por esta palabra que ya es una hermosa realidad la Encarnación de Dios, la Redención de los hombres y la renovación del mundo?» «El Señor es contigo, exclama San Agustín, porque el Señor está en tu corazón como está en tu seno»...

Realmente no se concebiría una maternidad sobrenatural sin un amor del mismo género,

(1) Nota C.

como no es posible suponer que María concibiese á Jesús antes en su seno que en su espíritu.

Observa Santo Tomás que nuestro entendimiento es de tal naturaleza, que toma la semejanza de todo cuanto conoce: *Intelectus inteligendo fit omnia;* y cuanto más perfecto es el conocimiento, tanto más perfecta es la semejanza. Conociendo María á Dios desde el primer momento de su concepción, con un conocimiento perfecto y sobrenatural, debemos lógicamente deducir que desde aquel glorioso instante, en el espíritu de María está el Verbo de Dios, no como reflejo, no como luz que ilumina á todo hombre que viene á la vida, sino llenando por completo las potencias de aquella alma purísima que recibía con la gracia inicial del primer instante de su existencia, la preparación y el fundamento de la maternidad divina.

En Jesucristo no pudo existir progresión de gracia, porque la plenitud primera fué una plenitud final. En ningún momento de su vida estuvo Cristo más cerca del origen de la gracia que

lo estuvo desde el primer momento, ya que la unión personal de Dios no admite grados.

Pero en María hubo progresión de gracia, porque no estuvo, desde su concepción, unida á Cristo con la unión que consumó después la maternidad divina.

Suárez mira como piadoso y razonable el sentimiento que concede á María desde el primer momento, una gracia superior á la gracia consumada de los ángeles y de los hombres.

Un orador insigne de nuestra época [1] reproduce y hace suyo el razonamiento de Contenson: Siendo la gracia inicial la base y la preparación de la maternidad divina, debe ser proporcionada á esta dignidad, puesto que es un axioma que toda disposición se relaciona con la cualidad última que empieza y prepara. Aquí la cualidad última, es decir, la maternidad divina, es de una dignidad inconmensurable que excede como al infinito todas las perfecciones y toda la

(1) P. Monsabré.

dignidad de las criaturas, consideradas en conjunto; luego la primera santificación para estar en relación, aunque de lejos, con esta dignidad, debe exceder á los dones y las gracias de todas las criaturas á la vez.

Desde el primer momento de su concepción, Dios está en María preparándola para el gran Misterio de de la maternidad.

Nutrida por el Espíritu Santo, dice San Juan Damasceno, el alma de María llegó felizmente á la edad perfecta de la gracia. Y aunque es una niña cuando la saluda el Ángel, tiene ya de la gracia la madurez: está ya preparada para dar su fruto.

El Verbo de Dios que llena el entendimiento y el corazón de María, pide á esta Virgen su sangre inmaculada, y otorgado el consentimiento, mientras la virtud del Altísimo cubre con sus alas á la castísima niña, en su seno se realiza el milagro sublime de humanarse la Divinidad.

«En el alma de María, dice un gran devoto suyo, se produjo entonces un cambio maravi-